

al cacique y lo tuvo en cautividad, rendido al espanto causado siempre por las armas de fuego en todas aquellas inocentísimas razas. Pero la cautividad se rompió y el cautivo huyó, cuando al querer transportarlo á las carabelas, hizo el prisionero que le aflojara las cuerdas el marino encargado de su custodia, y al aflojárselas, dió un salto y se lanzó al río, desapareciendo en sus corrientes como un Dios de las aguas, que tuviera en el seno líquido de los ríos su natural vivienda. Monstruoso anfibio, Quilian reapareció por las selvas al frente de sus tribus en armas y cerró entre furiosos espasmos y gritos de cólera con el Adelantado como el ciclón con los árboles del campo y con las entenas del mar. Súbito las balas dieron cuenta de los naturales, mientras las flechas se rompían en el acero de que andaban vestidos los españoles. Á los instrumentos guerreros de la industria civilizada se unió el valor increíble de nuestra raza. Un soldado murió y al Adelantado le penetró un dardo por el corselete, rasgándole un poco la piel. Habiéndose partido el Almirante y anclado unas leguas más allá, mandó en busca de noticias una barca capitaneada por Fristán, que los indios asaltaron, destruyendo la tripulación. Cuantos de la familia de Quilian llevaban las carabelas presos, una noche de aquellas se ahorcaron todos, prefiriendo la muerte al cautiverio. Visto un horror tal, decidieron aquellos que debían permanecer allí con el Adelantado, juntarse y abandonar de acuerdo y de consuno una tierra que parecía escupirlos de su seno como el mar escupe los cadáveres y negarles hasta el aire. Partiéronse y recalaron por último en Jamaica, desde donde trazó Colón en páginas inmortales el trágico relato de tan horrorosa catástrofe. El martirio fundado en la paciencia se sobrepuso al heroísmo del ataque y del arrojo. No sabe qué admirar uno más en estos exploradores, si el arrojo en los combates ó la conformidad con el infortunio. ¡Cuánta grandeza!

Herido Colón por el azote de las calamidades, que se habían sobre su cabeza condensado; enfermó de cuerpo y alma; con

una parte de su escasa tripulación desaparecida en las porfías de sus trabajos y otra parte airada con su destino adverso; comidos de sucios gusanos los bastimentos y de voraces ostrios las maderas, al extremo de tener que abandonar un casco á las aguas, como se abandona un cadáver á la podredumbre; con los desengaños del río Belén sobre su alma y con el anuncio agorero y el amago siniestro de tempestades y de zozobras, como fauces del infierno abiertas á sus pies; hubo un momento en que la desesperación, ajena de su carácter, le puso asechanzas; y el suicidio, tan repulsivo á su naturaleza, le cruzó por la idea y por la vista; pero, como la paciencia fuera su cualidad soberana, y señoreara el ánimo suyo al extremo de atormentarlo con toda suerte de pruebas terribles, pero sin jamás consumirlo y perderlo, cual si fuera su genio un incendio enorme que se acrecentase al viento contrario, levantó Colón á Dios su idea, y pidiéndole perdón por si alguna vez en arrebatos indeliberados é inconscientes, de aquellos que ciegan los ojos y enloquecen la mente, dudara de su providencia y de su bondad; al considerar como se había visto más desamparado y más herido todavía en las pobladas capitales europeas, que en los inacabables desiertos oceánicos, y sin embargo, lograra coger la llave que cerró las cadenas de supersticiones puestas en rededor de todo un mundo, y abrirlas; encender en los rayos de su inspiración las tinieblas del mar tenebroso, y ahuyentarlas; evocar las Indias, y repartirlas á su grado como y donde le plugo; lanzarse cual un buzo al espacio etéreo y extenderlo al movimiento de su nado en lo infinito; al considerar todo esto, recobró la esperanza inextinguible que siempre le había guiado como una estrella, y dió rendidas gracias al cielo, que le anunciaba con promesas palpables en aquellas fronteras de la eternidad y en aquella inclinación á la muerte, un renombre imperecedero y una inextinguible gloria.

Pero continuemos. Á fines de Mayo estaba en Jamaica y al abrigo de un buen puerto, tras procelosísima travesía y continuos combates con todas las adversidades juntas. Pero, comidas las

maderas, deshechas las jarcias, rotos los velámenes, desencuadernados los tablamentos, podridos los víveres, horadados los buques todos hasta parecerse, como decía Colón, á un panal de abejas, no podían de allí apartarse en ningún sentido y en dirección ninguna moverse á nada sin otra escuadra, pues la traída para este cuarto viaje se pudrió toda entera en el Océano. Así, únicamente podían servir las naves como viviendas, y en guisa de cabañas las carabelas, dispuestas de suerte que parecían chozas acuáticas, un tanto apartadas de tierra, pero con la tierra fácilmente comunicables. Ya tenían albergue; mas les faltaban alimentos. Para procurarlos, necesitábase empeñar cambios, á los cuales denominaban ellos rescates; y para obtener estos cambios ó rescates, hilvanar mutuas relaciones y urdir sendos tratos entre sí los recién llegados con los sencillos naturales. Á este fin y objeto nadie podía servir como Méndez. Ninguno calaba como él á los indígenas por una especie de adivinación misteriosa, semejante á la que alcanzan los sordomudos en el ejercicio de observar á la continua los ajenos actos y ademanes. Así, convino en dar por dos hutías un herrete de sujetar; por las hogazas de casabe, tres cuentecillas de vidrio, verde ó rojo; y cuando las provisiones resultaban mayores, iban recabando los nuestros cuanto tenían, y las rescataban por medio de bonetes colorados, espejos relucientes, campanillas y cascabeles sonoros; con todo lo cual se marchaba el indio saltando de alegría y regocijo. Pero no podían permanecer allí por toda una eternidad, y necesitaban ir á la Española en demanda urgente de barcos necesarios al transporte, pues los traídos estaban quedos é inertes. Mas, ¿cómo atravesar en canoas costeras espacios oceánicos tan extensos? Necesitábase jugarse la vida. Nadie podía retar así á la fatalidad más que Méndez. Y á Méndez confió el Almirante la temeraria expedición.

Dió, como decía con sublime sencillez aquel mártir castellano, á muerte su vida. Tempestades, oleajes, asaltos de los naturales, cautiverio, salvamentos inverosímiles, tentativas frustradas,

vueltas atrás, combates con los elementos, hambre, sed, fiebre, desesperación; de todo hubo en aquella travesía terrible y á todo el héroe ocurrió y de todo salió indemne, mientras unos infames compañeros suyos, los Porras, quedados en Jamaica con el Almirante, alzáronse á una en rebelión, rompiendo con todas sus obligaciones en aquel trance, y maltrataron á los isleños dándoles tales molestias, que cesaran éstos en las provisiones, cuyo envío nunca hubieran reanudado, á lo cual hubiera muerto de hambre á la tripulación, si en sus inspiraciones el Almirante no recurriese á la industria de anunciarles, por su conocimiento de los fenómenos astronómicos, la noche y la hora en que debía obscurecerse la luna, irritadísima por sus ingratitudes é irreverencias; y como sucediera según lo anunciara, puso á todos aquellos pobres de espíritu en obediencia, y les obligó á pedir con lágrimas el afecto de personas tan bien servidas por el cielo, y á reanudar los antiguos necesarios rescates, como tributos debidos á genios superiores. Mientras tanto, no venían del viaje de Méndez noticias, y Colón recelaba que, si bien el eclipse había sosegado á los indios, pudieran los facciosos capitaneados por Porras acometerle sin empacho y abrasarle las viviendas de seca paja, pereciendo todos en las llamas. Tras ocho meses de angustia, sin saber cosa ninguna, llegó un carabelón, capitaneado por enemigo implacable del Almirante y expedido desde la Española, pidiéndole noticias de su estado y dejándole para su remedio un tocino y un barril. Tal brutalidad, que parecía burla, no desconcertó la probada paciencia de Colón; antes le sirvió de consuelo y le alentó en su esperanza con saber de Méndez, y aguardar, aunque regateado y tardío, algún remedio á sus indecibles desgracias. Pero Porras vino aún á herirlo más y más, pidiéndole vestidos, por haberse quedado casi desnudo, como indígena indio, y amenazándolo, si á su demanda no accedía, con tomar estos vestidos á mano y por violencia, para cubrirse las carnes desnudas con los despojos alcanzados en su increíble triunfo. Hubo necesidad im-

prescindible de rechazar la fuerza con la fuerza, y sangre de hermanos corrió en aquella demanda, concluida con la muerte de Porras, á quien desarmó y venció, en lid abierta con él y con los suyos, una compañía que Bartolomé Colón comandaba. Pero, entre tantas penalidades, aparecía lo más penoso, el abandono y desnudez en que lo dejaba el Gobernador de Santo Domingo, después de haber ido allí en persona del enviado con su jamón y su barril, cerciorándose del horrible martirio de Colón. Semejante tardanza en socorrer á Colón pone junto al nombre de Bobadilla el nombre de Ovando en el terrible anatema de la implacable Historia.

Por fin, gracias al heroico Méndez, el residuo de aquellos tripulantes, que habían emprendido la cuarta expedición exploradora, pudo salvarse y salir de Jamaica el 28 de Junio año de 1504. Pero como si el mar quisiese retenerlo allí, empleó mes y medio en la misma travesía recorrida rápidamente por su amigo Méndez en mísera canoa. Nuevos dolores le aguardaban en aquella ciudad de Santo Domingo por él comenzada y erigida. El gobernador Ovando soltó á los rebeldes que llevaba presos Colón y encausó los fieles que habían defendido el poder y autoridad de su Almirante. Así no fué mucho que Colón apresurara el regreso con apremio y abandonara sin dolor aquella colonia sin entrañas. Un mes justo después de su llegada zarpó Colón para Castilla. Á la vuelta le persiguió aún la tempestad, rompiendo la contramesana, é imponiéndole una triste navegación de cincuenta días á palo seco. Por fin el 7 de Noviembre atravesó la barra del río Guadalquivir y ancló en Sanlúcar de Barrameda. Iba muerto. La gota le había paralizado casi, como si quisiera vengar en su cuerpo la materia el fin de aquella inercia medioeval de donde la sacara y el movimiento que le imprimiera. Apenas podía trasladarse á la corte sino en andas como un cadáver. El Cabildo catedral sevillano le cedió las que habían servido para trasladar el cuerpo de su arzobispo Hurtado á la catedral desde Tendilla; pero imponiéndole la condición de vol-

verlas sin detrimento y expidiendo con ellas un criado para que las atendiese y cuidase con esmero. Sin embargo, hasta Mayo del año siguiente de 1505, no pudo en marcha ponerse. Pero le aguardaba el último y más terrible golpe, la muerte de su protectora Isabel, de quien decía Pedro Mártir, viéndola en los transportes de su dulce agonía, que, después de haber llenado el mundo con su renombre, encontraba en el cielo su merecida bienaventuranza. Colón la lloró con amargas lágrimas y acompañó el paso de su alma desde esta vida triste á la otra eterna con piadosas oraciones. Mucho debía fiar en la Reina el Almirante, y mucho perdiera con su muerte; pero en aquellas pretensiones suyas, encaminadas á desprender de la diadema castellana un desgaje de su autoridad y poder únicos en pro de su persona y familia, jamás lo hubiera conseguido, ni aun viviendo Isabel, dispuesta siempre á escuchar el consejo de su esposo en todo cuanto le juzgaba de razón asistido y por el bien común de toda España inspirado. Ahora en el premio á lo ya hecho y en el aliento á lo por hacer, todavía Colón perdió su verdadero apoyo y tuvo en la muerte de la protectora el mayor entre tantos contratiempos como le asaltaran al término de su gloriosa existencia. Aunque preguntaba si la Reina lo mencionaba en el testamento, y decía llegarle de oídas una especie tan halagüeña como el empeño de ella repetido en las ansias y agonías últimas de que le devolviesen el gobierno de las Indias, nada hubo de todo esto; la Reina se acordó únicamente de los indígenas recién incorporados á su corona y mandó los tratasen sus agentes y gobernadores como Dios manda.

Las fatalidades irremediables de la complexión personal, llamada por otro nombre carácter, duran tanto como la vida, y Colón tuvo hasta sus últimos instantes las iluminaciones sobrehumanas de su genio creador y divino con las importunidades y pedigüerías de imperturbable pretendiente. Creía que, aun muerta la Reina, valdríale de algo su presencia en una corte tan cerrada y en un ánimo tan recatado como la corte y el ánimo

de Fernando; pero erraba por completo. No pudiendo ir á Castilla en las parihuelas del Arzobispo, reclamó y obtuvo una excepción á su favor de la pragmática célebre, cuyos cánones condenaban á muerte la mula montada por varón, salvo los clérigos. Una cédula se expidió para otorgarle semejante clerical privilegio de cabalgar en mula. Sin embargo, no podía ponerse de modo alguno en camino, cuando á más andar el estío se entraba por aquella calurosa comarca é iba muy cerca de su fin el florido Mayo. Por fin llegó á la corte, que se hallaba en Segovia; habló con D. Fernando, muy cortés, pero muy reservado. Y no hay que maravillarse, atendida su insistencia en pedir lo que jamás el Rey concedería, la declaración del virreinato de su hijo. Iba de Sevilla en requerimiento de Segovia, y de Segovia en requerimiento de Salamanca, y de Salamanca en requerimiento de Valladolid, insistiendo en su demanda siempre, y no logrando nunca la satisfacción prometida con múltiples indescifrables reservas. No pudiendo sacar cosa ninguna del rey Fernando, diputó su hermano Bartolomé á la Coruña, para que requiriese lo acordado en Santa Fe y lo debido por mil contratos solemnes de la reina D.^a Juana la Loca y del rey D. Felipe el Hermoso. Buenos andaban entre sí los cónyuges con sus discordias, y buena gana tenía el joven monarca de atender á cosas tan graves, cuando le faltaba tiempo para holgarse con sus devaneos continuos y sus amoríos escandalosos. En cuanto al Rey Católico, la extensión que tras el cuarto viaje colombino habían tomado á sus ojos las Indias, y el sinnúmero de riquezas que se iban entreviendo, empeñábanle más y más en el pensamiento de impedir á una familia de súbditos prerrogativas y rentas conaturales á la complexión del Estado y propias de las familias que lo personifican y representan. Y en éstas, la vida se le acababa por completo al Virrey, aunque no la esperanza, no, pues concedía cargos en la Española, bien que á héroes tan excepcionales como Méndez, cual si estuviera en plena posesión de su soberanía. Era el 20 de Mayo en el año 1506, un jueves en

que la Iglesia celebraba festividad como la Ascensión del Redentor á los Cielos. Había dictado su voluntad última y recibido los Santos Sacramentos. Sus ojos se convirtieron á la Hostia con amor, y sus labios pronunciaron una de las palabras dichas por el Redentor en los instantes últimos de su postrimer agonía. Registrad los fastos de la gloria, y difícilmente podréis encontrar ninguno entre los inmortales capaz de decir: yo fuí mayor que tal hombre. Profeta, vidente, sabio, héroe, mártir, su culto se agrandará cada día más en el agradecimiento de la humanidad y en el cielo de la Historia.
